



«EL SALTO DEL PASIEGO.»

LA MUSICA ESPAÑOLA
Y LA MUSICA FRANCESA.

Los que temen helarse en el salón de Invierno, acuden á la sala de Arbeu. Ahí se representa el «Salto del Pasiego.» Las decoraciones pintadas por el escenógrafo Herrera, son preciosas. Ahí está, decía yo hace pocos días, el torrente cuyas hirvientes aguas se precipitan en el abra; las rocas de granito que empinan su cabeza aguda en el espacio; la turba de campesinos que se agolpa á la orilla del abismo entre el ruido atronante de las aguas, cuya espuma levanta su encaje blanco en el abismo. La luna alumbra el horizonte con su tenue resplandor; los ruiséñores, esos grandes artistas de la noche, cantan entre la sombra espesa de los árboles, sin curarse del espantoso drama que desenvuelve sus peripecias trágicas en el torrente; el cielo está sereno y límpido: la gran naturaleza asiste impasible al espectáculo terrible, como una coqueta reclinada en la duquesa del palco, á la agonía de Hamlet.

Ahí está la alquería con su torcida escalera y sus paredes blancas. Los árboles que la sombrean elevan sus redondas copas por encima del tejado, y en lontananza se mira desparramado el caserío tendido en la falda de la montaña. Las torres se destacan en la atmósfera transparente, y el bronce de las campanas brilla herido por la luz solar. Los techos de teja, escalonados en la loma, muestran sus tubos angostos de porosa superficie. Por esa pendiente bajan los campesinos en los días de fiesta, mientras la esquila parroquial vol-

tea en la torre y el cura prepara sus ornamentos en la sacristía. Por ahí van, endomingados y contentos, respirando el olor de las flores nuevas y del musgo humedecido, mientras las cabras triscan y los chicuelos juegan á las puertas de sus casas.

La calma incomparable de la naturaleza dá vida y fresca al apacible cuadro, y los poetas, al mirarlo, sueñan con Luis de León y Teócrito, con los grandes cantores de la quietud solemne y la campiña muda. El efecto de la decoración es sorprendente. Las nubes juegan en el cielo como una turba de corderos blancos, las hojas de los árboles se mueven, y el oxígeno puro de los campos entra sus oleadas frescas en los pulmones.

Ay! ¡los que hemos nacido lejos de estas calderas llenas de hollín y carnes pútridas que se llaman las grandes poblaciones, sentimos que nuestra fuerza cobra vida ante el tranquilo cuadro de los campos, y recordamos con deleite los serenos días de nuestra infancia, los días pasados bajo la sombra amiga del castaño, entre el perfume del cercado y el sano olor de los establos! Vemos de nuevo la casita blanca; el corral donde cacareaban alegremente las gallinas, y la avenida de nogales por donde bajaban gravemente los rebaños, cuando daba las oraciones la campana y se encendían las luces en el caserío; las ovejas balando, unidas y contentas, resignadas al sacrificio y á la muerte; los tardos bueyes con sosegado andar, rendidos de cansancio, y los inquietos potros que relinchando de alegría atravesaban á todo escape las calzadas para inundar las caballerizas descubiertas.

La música del «Pasiego» es deliciosa. Suenan vagamente en ella los repiques de la esquila que voltea en el campanario; los validos de las ovejas que despiertan, la voz sonora del torrente bajando por su escala de peñascos, y las canciones de los campesinos que distraen el trabajo con sus voces. Cuando se escucha por primera vez la música de esta zarzuela, el oído no percibe claramente sus bellezas. Los españoles no han recibido de los cielos el don de esa música improvisada y juguetona, en la que exceden, con tanto arte, los franceses. Offenbach toma su violín, como un mal músico de murga, y de pie sobre una silla, entre el tumulto de un café, improvisa esas obras maestras de ligereza y desparpajo, en las que á ratos nos pare-

ce oír el choque de las copas, los taponazos del Champagne, las cascadas perladas de la risa y el coro delicioso de los besos. Luego se adivina, sin el menor esfuerzo, el medio en que han sido creadas esas obras. Hay en ellas notas y frases que recuerdan el frú-frú de la seda rozando en las alfombras, el bullicio y tumulto de Mabilie, las voces de los ébrios, el choque de las bocas y el ruido estrepitoso de los platos.

Los compositores españoles modernos no alcanzan nunca esa facilidad dificultosa. Su instinto les conduce irresistiblemente á la grande ópera, á las masas de orquestación, á los soberbios concertantes, al duo sentimental, á la música seria, para decirlo de una vez. Cuando un maestro español escribe una zarzuela, resulta, á fin de cuentas, que ha escrito como el boceto de una ópera. Ellos tratan á la música como á una mujer legítima: los parisienses la miran como á una querida: loquean con ella, besan sus hombros desnudos y su garganta descubierta, sin curarse del pudor celestial que le arrebatan, ni de las gracias coquetas que le roban.

Los moralistas huraños y severos que son los hombres más inmorales que conozco, han declamado de todas suertes y en todas las escalas, contra tan maravilloso representante de la música parisiense. Porque Offenbach pudo ser de origen tudesco; pudo llevar en sus venas esa sangre germánica, pastosa y encarnada; pudo tener parientes próximos en Prusia, pero no pudo nunca dejar de ser francés y parisiense. Nació francés como D. Manuel Cañete nació académico: hay enfermedades incurables.

Esa música suya, tan maliciosa y tan traviesa, huele á las cenas de la Maison d'Or. Es una música griseta. Porque en el reino de las notas, como en el de las crinolinas, hay una música honrada y otra que no lo es, como hay mujeres del templo y mujeres de la calle. La música de Offenbach ha sido vecina de Notre Dame de Lorette. Cuando sale de paseo, va en un coupé cuyas persianas se han cerrado discretamente muchas veces. Es una música *cocotte*, que debe oírse con el cigarro en la boca y el sombrero puesto.

Pero eso sí, es la música de la época. No me habléis de esas armonías enigmáticas del porvenir creadas por Ricardo Wagner, el

sabio protegido por el rey de Baviera: eso no es música, es el *Ideal de la humanidad*, que escribió Krausse, puesto en notas. Tampoco mencionéis esas meditaciones sollozantes de Bellini.

En nuestro tiempo, las únicas meditaciones que producen oro, son las de Lamartine. Los idilios y los trajes de medio paso pertenecen á otras épocas. Augusto Compte decía que los adolescentes se enamoran de las mujeres bellas, los jóvenes de las mujeres apasionadas y los hombres de las mujeres graciosas.

Esta regla tiene sus excepciones, porque en los años que alcanzamos, los niños nacen ya enamorados de las mujeres graciosas. Pero poniendo esto á un lado y aplicando aquella regla al mundo, debemos confesar que, á pesar de los tristes augurios del abate Gaume, se encuentra en el pleno desarrollo de sus años. Es un hombre á quien le gustan las mujeres graciosas, la música graciosa, la literatura graciosa. Y en punto á gracia, desafío á que se me encuentre algo más coquetamente gracioso que la Duquesa de Gerolstein y Barba Azul.

Lo que prueba asimismo el genio de Offenbach, en su destreza para hallar libretistas á propósito. Para Offenbach, el músico parisiense por excelencia, habían nacido Henri Meilhac y Ludovic Halévy, los dramáticos más hijos de París. ¿Queréis comprender y mirar en forma humana la música de la «Gran Duquesa?» Leed antes *Frou-Frou*, una admirable comedia de Henri Meilhac y Ludovic Halévy. Esa mujer coqueta por instinto, inconstante por temperamento; que hace el mal sin querer hacerlo; una locuela, una aturdida, que, como ciertas plantas, sólo vivientes dentro de su invernadero, no puede existir fuera de los salones; mitad mujer y mitad telas; figurín de la *moda* revestido de carne y hueso; alegre, decidora, con la sonrisa en los labios y el abanico en las manos; adorando á su marido, pero queriendo al propio tiempo que los demás la crean adúltera, sólo para imitar á sus amigas del gran mundo; esa *Frou-Frou* á quien condenan todas las apariencias y muere arrepentida, pero pensando siempre en trajes y en sombreros; esa *Frou-Frou* es la imagen viva de la música de Offenbach.

* * *

Dentro de dos días podremos oír de nuevo en el teatro la deliciosa música francesa. Los grandes cartelones encarnados de que tapi-

zan las esquinas, nos indican que ya ha llegado el momento de gastar veinticuatro pesos en el abono. Compadezco á los papáes.

El primer abono, cuando menos, de la compañía francesa, tiene asegurado el éxito. Un tren expreso depositará en el paradero de Buenavista la carga de coristas y cantantes. Recamier agregará diez galopines de mandil blanco á su cocina. La puerta de Iturbide, con esa majestad que sólo tienen las puertas españolas, se abrirá sonoramente dando paso á su majestad la ópera bufa. Tres docenas de gomosos imposibles, que se creen muy capaces de comprar á Margarita cuando no existe en la plaza un Mefistófeles sobrado cándido para prestarles bajo su palabra, se arrojarán en seguida á los corredores del hotel, en busca de aventuras. Micoló ha peinado algunas cabezas de chorlito, más que de costumbre. Sarre ha cortado algunos chalecos durante la semana. El corte es perfecto, la tela elegantísima; ¡lástima que los bolsillos estén vacíos! ¡Pobres cazadores en vedado; creen que ha llegado el momento de correr por entre los árboles de cartón, con la escopeta al hombro y el morral á un lado! ¡Pobres cazadores! ¡No ven que su escopeta está ya descompuesta!

La emoción que causa en los círculos galantes la llegada de una cuadrilla de bufas, no es precisamente una galantería para las mexicanas. Salen de aquí al encuentro de una parvada de coristas con el mismo entusiasmo de los corsarios que apresaron el navío de las cien vírgenes. La estampilla francesa puesta en cada una de ellas, hace subir su precio fabulosamente. No hay que fiarse, sin embargo, de las estampillas, porque la mercancía suele estar averiada. Las mujeres que nuestros pollos de buena fe apellidan pomposamente parisienses, son como el agua de sidra que nos venden los almaceñistas á cinco pesos botella con el nombre de Champagne. Lo que pagamos es el nombre de fábrica, puesto con grandes letras de oro en una etiqueta que se ha impreso en México. Son como los tabacos de cierto amigo mio, que compra puros del *Destino* y los condecora con la cinta roja de la legión de honor, esto es, con los anillos de los trabucos habaneros. Lo que yo extraño más, es que también incurran en el pecado de inocencia los hombres que han vivido en París algunos años. No habiendo tomado Champagne en Inglaterra, el único país del mundo en donde se toma Champagne, puede creerse á pie juntillas que la sidra es una gran bebida aristocrática. Pero los que han paseado algunas noches por el boulevard de los

italianos y confunden á las coristas de la ópera con las grandes mujeres de París, no pueden alcanzar perdón del cielo. María Aimeé, por ejemplo, es una parisiense vieja, pero es una parisiense.

Nuestros grandes calaveras, sin embargo, han creído con la mayor *bonhomie* del universo, que tienen á sus órdenes una completa colección de damas parisienses. Esta es una equivocación muy lamentable.

Francamente hablando, debemos confesar que la belleza es una mercancía muy rara en México. De otra suerte no comprenderíamos cómo hay hombres capaces de resistir cinco ó seis eternas horas de ferrocarril, con el sólo objeto de saludar primero que los otros á esa turba de ratas de bastidores. Los que han llevado á cabo semejante hazaña, pueden irse disponiendo para salir al encuentro de las indias que formaban el serrallo del indio Victorio.

Por lo menos, estas sultanas salvajes tienen el grande encanto de la novedad. Las mujeres que han acompañado en sus matanzas al héroe cabelludo, merecen algo más que las parisienses falsificadas de la ópera. Entre las mujeres antropófagas y las mujeres del teatro, existe muy pequeña diferencia; ambas devoran á un hombre con la mayor facilidad del mundo.

El rico gomoso que cae en la trampa de los bastidores, me hace el efecto de Daniel en la fosa de leones. Los únicos que pueden pasar á pie enjuto por ese mar rojo de albayalde, son los periodistas. Preguntad á los veteranos de la escena cuántas emboscadas pueden ocultar los árboles pintados de los bastidores. La cara más graciosa y los ojos más inocentes, esconden la intención más perniciosa. Cuando con más descuido se pasea en el escenario, tropieza uno con el trabuco formidable de una contrabandista petrolera, que exclama sin misericordia: ¡la bolsa ó la vida!

Se necesita ser viudo de ochocientas mujeres, para ser precavido en tales casos. Por desgracia, hay muchos que celebran su cumpleaños el veintiocho de Diciembre, y para esto se hizo el reino de las tablas. El piso del foro está encerado como los salones de Versalles, y es casi inevitable resbalar. En la puerta del teatro hay un letrado que dice en grandes letras de oro: Dejad que los niños se acerquen á mí!



COSAS IDAS.

LAS COMEDIAS DE MAGIA.

¡Oh verdes paisajes de Escocia! ¡oh castillos neogóticos iluminados por la luz amarilla de la luna; sonoros cuernos de caza tocando el *hallé* por la montaña! ¡oh personajes de Sir Walter Scott, tan bien vestidos y tan bien peinados; damas que os vestís un blanco peinador para volveros locas, y os despeináis para cantar arias y dúos; gallardos caballeros embozados hasta las cejas, que os morís cantando! Ya volvemos á oíros y á miraros; ya sabemos

Que Lucía era tiple
Y Edgardo tenor,
Lo cual ignoraba
Sir Walter Scott!

Todavía algunas matronas lloran en los palcos segundos, al oír las *fioritures* insensatas de «Lucía,» y los pollos de hace veinte años cantan á media voz aquella anacreóntica de un Luis Gonzaga Ortiz, napolitano:

«O bell alma inamorata.»

Pero «Lucía» ha engordado. Puede ser todavía la deliciosa Laura del Petrarca; pero Laura después de dar á luz sus catorce hijos. Edgardo se ha sujetado á un régimen higiénico, tomando al día diez gruesas de patatas, bien rociadas con *porter* y cerveza blanca. La

novia de Lammermoor se vuelve loca por no casarse con un Lord Memo, flaco de piernas, bajo de estatura y largo de nariz.

El hermano de Lucía, cuyo nombre cuidará el regente de mirar en los carteles, llama al Dr. Govantes para que cure á la graciosa despeinada, y los coristas tercián en su pecho el *plaid* de invierno, para imprimir cierto color local á la ópera. La última vez que asistí yo en nuestro teatro á la audición de «Lucía,» Camero cantaba también el papel de Edgardo y Angela Peralta luchaba á brazo partido con las notas de Donizetti, como Jacob con el ángel. La pobre novia se volvía loca verdaderamente, ¿Por qué pasan los años? La diva recordaba los minutos de oro de su carrera artística: veía la sala llena y escuchaba el rumor de los aplausos. Las señoras iban aún al teatro con los hombros descubiertos. Había más entusiasmo y menos constipados. Los caballeros tenían frac. Hoy hemos perdido el respeto á los grandes maestros; tal vez tiene la culpa el maestro Gavira. Mariano Bárcena no se pone puños de encaje para estudiar la Historia natural, y el académico Segura lee los clásicos sin vestirse de limpio como Maquiavelo. El domingo en la noche he visto en la ópera sacos rabones y sombreros anchos. No estaba así la sala cuando Angela Peralta cantaba bien «Lucía.» Ahora brillan los ojos de las damas, pero no brillan los diamantes. ¡Cuánto tiempo ha corrido desde entonces!

Una señora que presencié los buenos días de la Nataly, me refería aquella gloriosa representación del «Trovador» en que cantaba el tenor Arrigunaga. Después hemos asistido á muchas audiciones del «Trovador» y á muchas audiciones de «Lucía.» Hemos admirado el traje de terciopelo guinda que vestía Enrique Tamberlick y los vasos de ponche de huevo que tomaba Celada antes de lanzar el *dó* de pecho. Tamberlick huyó de México por no leer las charlas de Juvenal; Celada dió el *dó* de pecho y no quisieron devolvérselo; Angela Peralta ha perdido el derecho de volverse loca en el acto segundo de «Lucía,» y la Nataly escribe en la *República*.

* * *

Si el Sr. Camero fuera menos aficionado á los alimentos harinosos, y el Lord inglés que disputó la novia á Edgardo no hubiera escapado á la degollación de Herodes, yo habría salido perfecta-

mente satisfecho del teatro. La Rizzi no es, en verdad, una figura de Ari Schefer. Si Thomas viene á México para cerciorarse de si la graciosa primadonna es á propósito para cantar la «Francesca de Rímimi,» pierde el tiempo y el dinero. La Rizzi más bien es una mujer holandesa. Camero la ha contagiado. El *embonpoint* de la felicidad no perjudica, sin embargo, á la voz deliciosa de la Rizzi. ¿No lo cree así la Sra. Cuaranta?

* * *

Arrojemos el velo de Isis — frase de Mateos — sobre los pensamientos íntimos de esta amable dama que, fatigada de cantar los «Diamantes de la Corona» en las tandas, ha ido á cantar las «Hijas de Eva» en el teatro Arbeu. El público de la zarzuela ha recibido con aplauso á la rolliza tiple que fué, según parece, el ídolo de los fenianos. Pero el público no se preocupa actualmente más que de los ensayos y decoraciones del famoso «Salto del Pasiago.» Cada vez que se anuncia una zarzuela de espectáculo, me entristezco. Esto matará á aquello: las magias, las pobres magias agonizan. Su último sacerdote y su última sacerdotisa, son Manuel Estrada y la Servín.

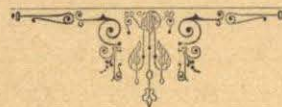
Yo lo siento: las magias tienen sobre mí una extraña influencia. Me traen como una bocanada de aire fresco, henchido de ese aroma que sólo producían las flores de mi infancia. Son como un repique alegre tocado en la aldea cercana, y que, resbalando graciosamente de eco en eco, viene traído por las ráfagas del aire. Parece que, á modo de un vestido usado, nos quitamos el tiempo largo y triste, para hundir nuestro cuerpo, ya desnudo, en el estanque terso y quieto de la adolescencia. La frescura penetra por todos nuestros poros y tiñe de hermosos colores nuestros rostros. En la orilla del estanque, las ropas quedan duras y rígidas; esto es, la seriedad obligada, la desconfianza cautelosa, el bolsillo vacío y el alma sin ilusiones. Y mientras culebreamos, ágiles y sueltos, por estas memorias de la adolescencia, nada nos preocupa, ni la certidumbre de que el frío se irá apoderando paulatinamente de nosotros en el baño y habremos de salir, friolentos y temblorosos, á la orilla, para volver á envolvernos en los pliegues de la levita larga y recta del hastío negro y espeso.

* * *

Cuando asisto á una comedia de magia, siento lo mismo que sentí hace poco al abrir el cajón de un *secrétaire* y hallarme con el pobre muñeco de madera que presencié mis juegos infantiles. ¡Pobre muñeco! El barniz de su cara se ha ido despegando con la humedad y —ya descascarado— parece una de esas fachadas que han resistido con paciencia los chubascos, y en cuyas paredes, agrietadas y desnudas, no hay ya ni una corteza de pintura. ¡Pobre muñeco! Estás como una vieja pintada, vista á la luz del sol cuando se acaba el baile! Tú y yo hemos asistido á muchas comedias de magia, en las que no había esas grandes decoraciones de la «Guerra Santa,» ni ese opulento corsé de la Moriones, pero que, á pesar de todo, nos divertían mil veces más que las de ahora. ¡Oh comedias de magia, vistas desde el primer asiento de un palco en las tardes de los domingos, con los bolsillos repletos de dulces y con el sabor del último caramelo en el paladar! Las hadas y los niños siempre han tenido complicidades misteriosas. Yo creía firmemente en la existencia de las hadas. Cuando, después de leer una leyenda de Perrault, ú oír el cuento que me refería torpemente alguna vieja criada, me acostaba, creía que el relincho, distinto y prolongado, que llegaba á mis oídos desde la caballeriza, era el de un caballo fantástico que iba á conducirme por los países azules de los buenos genios. Una manta de terciopelo azul con franjas de oro, como las que solía ver en los caballos de algún circo, me servía de silla: de ella pendían, esbeltos y ligeros, dos graciosos estribos, hechos con cinceladas barras de oro. Apenas montábalo en sueños, y el corcel fantástico, negro como los ojos de la señorita L., partía á escape, tendiendo al aire, como una maraña colosal de seda, sus revueltas crines, y respirando fuego por la ancha nariz, abierta y dilatada. De esta manera subía yo las montañas de diamantes y pasaba los túneles inmensos de cristal de roca. Bajo las altas bóvedas de cristal, irisadas por los rayos solares, que gemían cautivos en cañutos angostos de diamante, veía á las princesas, dormidas y despiertas, de los cuentos fabulosos. Aquel huraño personaje, de ojos hundidos como la cavidad de una gruta, de los que salía la mirada como la ballesta del arco, era el señor de Barba Azul. Pulgarcillo ajustaba sus botas, sentado en la

gran roca de corales, y la Caperucita roja reía estrepitosamente, libre ya del Ogro.

¡Buenas leyendas que empiedran de preciosas joyas el cerebro de los niños, por donde luego pasa, con el repiqueteo de cascabeles, el áspero chasquido del látigo y las imprecaciones sordas proferidas por el mayoral, ese pesado carruaje que lo desnivela todo y que se llama experiencia! De cuando en cuando, al pensar en esas hadas que iluminaban con luz de Bengala nuestros primeros días, lanzamos un suspiro, como si recordáramos la primera cita de amor bajo los altos castaños de la aldea y el rostro picaresco de la primera novia!





WILLIAM SHAKESPEARE.

Mi querido amigo Eduardo Herrera tuvo la benevolencia de dedicarme un estudio precioso y erudito, que ha publicado el *Siglo XIX*, sobre el *Sueño de una Noche de Verano*. Atiza mi buen amigo la ardiente lámpara que vigilante conservo en el altar de Shakespeare; renueva en mí propósitos pasados de escribir cuanto pienso y cuanto siento del trágico britano; intentos de reunir y revisar lo que ya tengo escrito y publicado acerca de no pocas obras del excelso poeta; anhelos de seguir por esa senda, deteniéndome á admirar cada uno de los dramas que tan maravillosamente construyó con pétreos mármoles; ímpetus, en suma, no de hacer el análisis, la crítica de esos monumentos perdurables de la literatura, pero sí de expresar largamente el efecto que me producen, los estímulos que me avivan, los sentimientos que me encienden, los recuerdos que me dejan.

¡Ah, si tuviera la entrada franca de que disfruta el Sr. Herrera en el idioma inglés, y que le permite registrar hasta sus más secretos recodos y escondrijos! ¡Si tuviera la competencia que tiene él para juzgar á Shakespeare! Pero carezco de tales privilegios, y por eso me arredo.

Se entra con miedo al estudio de Shakespeare, como quien por primera vez entra en el bote para cruzar el Océano. Con nada puede compararse tan propiamente el trágico inglés como con el mar. Como él tiene perlas, y como él tiene monstruos. Como él copia, en

sus noches de calma, los innúmeros astros, y como él se levanta, enfurecido, en formidables ímpetus.

Sentimos en sus dramas que la inmensidad nos abrumba como si navegáramos en alta mar. Es entre los trágicos lo que era la fuerza entre los mitos. Se asemeja á Esquilo, y también se asemeja á Rabelais. Sus carcajadas son de semidios homérico, y sus imprecações desesperadas son de Job. Nada humano le es extraño, como no lo era para el hombre de Terencio. Esquilo no sabía reír; Rabelais no sabía llorar: Shakespeare aterra como el uno, y ridiculiza y befa como el otro. Cuando asciende al ideal, es la más alta cima; cuando baja á las profundidades recónditas de la observación, es la mina más profunda.

Su corona está hecha de diamantes arrancados y de estrellas desprendidas. Todo el drama está en él, como estaba todo el universo en la gran nebulosa. Visto fuera de su obra, como creador omnipotente é impasible, es un dios; visto en sus personajes, es la Humanidad. Su altitud fatiga, desespera á veces, como fatiga y desespera la ascensión á una montaña cuya cúspide es casi inaccesible. Se llega á Eurípides, se llega á Sófocles, se llega al talón de Esquilo, se llega á la rodilla de Aristófanes: no se llega á Shakespeare.—¡Está más alto!—nos dice Molière—Más arriba—nos dice Calderón: Como el gigante de la balada huguiana, puedo bien exclamar:

Je combattais l'orage et ma bruyante haleine
 Dans leur vol anguleux éteignait les éclairs;
 Ou, joyeux devant moi chassant quelque baleine,
 L'Océan á mes pas ouvrait sa vaste plaine
 Et mieux que l'ouragan mes jeux troublaient les mers.

Entre sus grandes antepasados, unos son dioses creadores olímpicos, serenos; otros son hombres que gozan y sufren, como gozamos y sufrimos. Sólo Shakespeare es dios y hombre. Está á nuestro lado y está muy arriba de nosotros. Se nada en su obra colosal sin encontrar la orilla. Se le ama, pidiéndole perdón. ¡Y qué buzos los que han bajado á sus profundidades!

Todos los grandes entendimientos, todas las grandes ambiciones van á él, como ríos caudalosos á la mar. Este halla perlas; ese, corales; aquél, se ahoga; pero el tesoro inmenso no se agota. Le vemos en esta de sus fases ó en esta otra, como los griegos veían á Dios, ya arrastrado por caballos marinos, en la cerúlea superficie,

bajo la forma de Poséidon; ya rigiendo en la selva las energías de la savia bajo la forma de Pan. Cada crítico levanta un templo al dios, para honrarle en una de sus primacías, en una de sus excelencias, en una de sus formas; pero el Dios en su verdadera, total y única substancia, no ha sido visto por ninguno. Víctor Hugo lo entrevió en uno de sus éxtasis supremos; y cayó de rodillas, y sus labios sólo pudieron balbutir una oración.

Al perderse en la obra de Shakespeare, se experimenta vago terror, como si la noche nos sorprendiera en un bosque intrincado. Hay estrellas en el cielo: Ofelia, Julieta, Desdémona, Cordelia, Perdita Hay buenas hadas que se hacen collares con las gotas de rocío, y carruajes con la cáscara de las avellanas. Puck el buen Robín, retoza con Chicharillo, y travesando, desnata la leche, desajusta el molinillo, evita que la cerveza espume, tropieza con los labios de la vieja que apura el jarro y hace que se derrame la bebida: se interpone de súbito entre las bocas trémulas de los enamorados que se besan, y asusta con sus trápalas á los mozos y mozas del lugar.

Oberon y Titania se abrazan á la sombra de un no me olvides. Grano de Mostaza recoge velloritas espigadas, y Ariel trenza hilos de perlas con la luz de la luna. Pero duendes y trasgos picarescos, hadas gentiles y bondadosos geniecillos, no son pobladores únicos del bosque.

Tras el caduco tronco de una encina, chispean, como ojos de jaguar, las pupilas de Otelo. Rozan nuestra cabeza las alas de murciélago de Caliban. Oímos chocar en el aire los palos de escoba en que montan las brujas de Macbeth; hervir en la eriaza la marmita hechiceresca y brincar á los sapos entre ortigas. El espectro del padre Hamlet, clamando venganza, camina á la plataforma de Else-nor. Las sombras van escondiendo sus puñales al lecho de Ricardo III; Lady Macbeth vaga insepulta con su fatídica lámpara en la mano. Es verdad que Falstaff ríe, que Ofelia gorgea, que Desdémona canta, que Julieta curruca; pero también Shyloch gruñe, Yago grazna, Gloster ulula, Otelo ruge. En esta selva del teatro shakspeariano hay cosas espantables que hielan la sangre y que erizan el cabello.

Tiene alondras y tigres, ruiseñores y brujas, enamorados y asesinos. ¿Qué fuerza la de este genio, que tan bien se hace amar como temer; que ora es rendido trovador y ora implacable justiciero? No

hay para él regiones desconocidas. Es un viajero que está de vuelta de todos los países. No sólo vivirá siempre: en todos los tiempos ha vivido. No sólo crea: reanima y resucita. El historiador reconstruye laboriosamente una figura, dato á dato, con pedazos de viejos cronicones, con hojas de anales, con páginas de memorias. Shakespeare pone la mano sobre el mármol de la tumba, exclama: ¡Surge! y la estatua yacente, cae volcada, la lápida se alza y el héroe muerto se levanta. Así, al poder de su conjuro, aparecieron en la escena Coriolano, Julio César, Ricardo III, el rey Juan Enrique IV. Son ellos, con sus propias ideas, con sus mismas pasiones, con su lenguaje peculiar. Y Shakespeare no es su poeta; es su contemporáneo. Antes que Michelet, el trágico britano había comprendido que «la historia es una resurrección.» Antes que Macaulay, había aplicado los procedimientos de la anatomía comparada á la reconstrucción de las grandes personalidades humanas. Antes que los corifeos de la moderna escuela histórica, había dado tanta importancia al pueblo como al héroe.

Los historiadores de su época eran simples analistas: él, poeta, era un supremo historiador. Esta maravillosa adivinación, esta vidente extraordinaria, sólo pueden explicarse con la frase de un tribuno insigne: «Los poetas son como las alondras: ven la luz antes que los demás.» Ni el pasado misterioso ni el porvenir, secretos tienen para él. Creemos haber encontrado una forma nueva para expresar los éxtasis del amor, el torcedor de la ambición, los arrebatos de los celos; y si es exacta, si es verdadera, si es humana, está en Shakespeare, está en el balcón de Julieta, en el palacio de Macbeth ó en la alcoba de Desdémona.

Aquel hombre nos saqueó el porvenir. Porque mientras la humanidad exista, las grandes pasiones serán siempre iguales, y él domó á todas, y á todas ellas nos presenta, como á monstruos enormes, en esas jaulas de bronce que llamamos sus tragedias. Shakespeare es sublimemente vulgar. Eso que murmura Julieta, es lo que nos dice nuestra amada al despedirnos de ella. Eso que rumia Shylock, es lo que rumia el usurero al prestarnos algunas monedas. Nada más vulgar que un ¡te amo! y un ¡me muero! y en esa frase están todos los idilios, y en ésta todas las tragedias. No creo que en ningún otro poeta haya cabido tanta humanidad como en Shakespeare. Mi admiración, excesiva acaso, podía pronunciar el nombre de Víctor Hugo; pero en Shakespeare está la humanidad; en Víctor Hugo es-

tán la humanidad y él. Él con su tradición, con sus pasiones, con sus amores, con sus odios. Toma á los personajes que le sirven para encarnar una idea suya: habla en ellos. Su gigantesca voz resuena siempre, como la del Océano cuyos tumbos se escuchan aun antes de que aparezca á nuestros ojos. Shakespeare es impersonal. Una vez concluída, se aleja de su obra, como Dios de la creación. Ya ha dado leyes á sus criaturas; que luego obren por sí solas. Y no aparece, no habla ni filosofa en el curso del drama: está en él; pero como el cielo, muy arriba.

A mí me atrae el estudio de Shakespeare, como atrae el mar. Bien sé que en mi frágil barca de vela latina, en mi barca construída para que en ella cante barcarolas á muy corta distancia de la playa, voy á perderme en esa inmensidad. Y sin embargo me aventuro con la audacia de quien no sabe todavía lo que es la alta mar. Pero este grave estudio desespera. Miro á Hamlet, lo observo, creo haberlo visto, haberlo escuchado, haberlo comprendido, que ya es mío, y al volver la hoja al día siguiente, me encuentro con otro Hamlet que ni siquiera conocía.

Un nuevo crítico me lo describe, una nueva frase me lo revela. Y así siempre. ¡Pero imposible separarse de Shakespeare! Unas veces nos tiene entre sus brazos, y otras entre sus garras. Ya nos ata con lianas, ya nos sujeta con sus uñas. Nos sentimos humillados, y, no obstante, lo admiramos. A ocasiones, es el canto de un ruiseñor extraordinario, y lo oímos extasiados como el monje Alfeo al ave del Paraíso. ¡Oh, qué suavidad! ¡Oh, qué dulzura! ¡Oh, qué ternura! Tiemblan de voluptuosidad las hojas nuevas; una alondra se columpia en la escala de seda por donde Romeo acaba de subir; inunda el bosque, parecido á la nave de una catedral gigantesca, un inmenso himno nupcial; las palomas juntan sus cuerpos blancos y sus picos color de rosa, Ofelia pasa recostada en los almohadones de encaje que le forma la espuma del arroyo: se inclina el sauce, no para humedecer sus ramas en el agua sino para escuchar mejor la canción de la blanca Desdémona; los cristales de la ventana gótica se ruborizan al sentirse tocados por la aurora, como la mejilla de una virgen besada tímidamente por su amante; se sienten besos que no se oyen; se ven almas de niños en el alba, y se dice temblando:—¡que no acabe! ¡que no se extinga esta melodía tan voluptuosamente casta! que suenen siempre esas palabras tiernas, que son las que anhelamos suspirar al oído de la mujer á quien queremos! ¡Un

minuto! ¡un instante! ¡que no acabe! Y luego, el follaje chasca como si una fiera oculta brincara de repente.

La nuca presiente la mordida del tigre. El corazón retrocede encogiéndose como un cazador sorprendido! ¡He ahí el drama! Y las manos de Shakespeare son tenazas que caen sobre nuestros hombros, y caemos. ¡Oh, qué terror! La hermosa joven muerta, tendida para siempre sobre el mármol; la mujer que traiciona; el padre, triste y errabundo, abandonado por sus hijas; el niño extrangulado en su cuna; la mancha de sangre, que jamás se desvanece, en la mano de Lady Macbeth; las brujas que salmodian en el aire su canto diabólico: ¡lo horrible es lo hermoso! ¡lo hermoso es lo horrible! ¡todo lo monstruoso! todo lo malo, todo lo deforme, ventreando arrastrándose, ó irguiéndose; todo el dolor que nos aguarda en esta vida, alzándose y diciéndonos: ¡aquí estoy! y más allá, tras los oscuros lindes de esa comarca de donde nadie ha regresado, envuelta en la azul obscuridad de la luz hiperbórea, lo desconocido, lo infinito, y Hamlet pensativo contemplándolo sin poder arrancarle su secreto. Shakespeare es entonces brutal.

Nos estruja, nos golpea, remueve la daga en la herida, aprieta nuestro cuello; es el feroz burgravo clavando cien y cien veces su puñal en el pecho de la esposa culpable; nos sentimos suyos, como la paloma del milano; como la oveja del boa; como el niño del oso que lo ahoga. Queremos correr y nos sentimos con raíces y trémulos, é imprecantes murmuramos: ¡Piedad! ¡Perdón! ¡Ya no! ¡Ya no! Oíd el «Otelo» representado por Salvini ó por Rossi. El terror que se siente es el terror del árbol que no puede correr. ¿Quién ha hecho cantar ó rugir de esta manera, como en órgano colosal, todas las pasiones humanas? ¿Quién nos conoce como Shakespeare nos conoció? Cuando lo estudio, acércome á él con religioso respeto, como se acerca el levita al velado tabernáculo. Parece que me acerco á un juez. Su mirada entra en mi cuerpo y da en el alma. Nada digo, porque adivino que ha de contestarme: ya lo sé! Me siento descubierto, aprehendido, y todo lo malo que hay en mí, se arrebujá y esconde como si quisiera librarse de ser visto. Así se esconde el robo en la manga del ladrón. Así se bajan los párpados ante el que ya conoce nuestra culpa. Pero séamos audaces. La vela latina de mi frágil barca se destaca sobre el azul del horizonte. Naveguemos algunas brazas en el mar, y sirvan de preámbulo estas líneas á lo que me propongo escribir más tarde sobre Shakespeare.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Lado 1675 MONTEDEY, MEXICO
OTELLO.

Otelo es el más soberbio león del teatro shakespeariano. Sentimos al encontrarnos con él, lo que el niño al dar con un lobo en lo más intrincado de la selva. Pero la fiera altiva y desdefiosa, pasa sin hacernos daño. Sólo azuzada, provocada, herida, sacude la melena, encaja la garra, hunde el colmillo.

¡Qué hermoso es este monstruo! No posee la hermosura vulgar, la que todos comprenden, sino la arcana, la recóndita; no la que surge coqueta de la espuma del mar, con un espejo en la mano, sino aquella á que es preciso descender por torcidas y tenebrosas galerías llevando en la mano una linterna sorda. Es bello porque es bello el valor, porque es bella la gloria, porque es bello el triunfo. Un himno guerrero acompaña su voz, como el sonido de la flauta acompañaba las palabras de algunos oradores griegos. No enamora á Desdémona: la conquista. No es ella su amada: es su presa. La abraza como el mar abraza á la tierra. La posee como el sol posee á la nieve que sus rayos deshacen. Casi no cuenta sus hazañas: aparece, y las adivinamos. Se reflejan en su coraza de plata y en sus pupilas llameantes. Desdémona las sabe, y su amor nos las dice al oído en voz muy baja.

En «Romeo y Julieta» hay pájaros que cantan; en «Hamlet» hay buhos que aletean; en «Otelo» hay bestias feroces que luchan y se desgarran las entrañas en la arena candente del desierto. Aquel hercúleo molde humano va á recibir como chorro de bronce derretido la más horrible de todas las pasiones: los celos. Necesitaba ser tan